

Querido, querido caminante:

Acaba de llamar con su voz precipitada, áspera y triste. Qué puedo contraponer a su conmovedora carta de Lausanne: todas las bellas formulaciones palidecen en vista de su verdad a orillas del lago.

Todo se estrecha tanto, quisiera dispersarlo: su mujer o compañera, que está tan terriblemente atenta (también fue para mí un golpe saber que tiene una relación tan firme); luego mi compañero Walter, ante el que tengo que ocultarlo todo.

Quisiera poner el mundo, con Lenz, detrás de la chimenea, porque todo es tan pequeño, tan estrecho.

Pero también los dos días intensos con usted me afectaron mucho, o usted me tocó en lo más íntimo. Sólo podía desprenderme por la noche de la sensación de ser una muñeca. Durante el día casi estaba asustada por la manera suya, para mí inhabitual, por la exaltación con que me «trataba», era como si yo tuviera que proceder del tótem de otra tribu.

Eso sólo contradice en apariencia una igualdad en nuestras tendencias de ver el mundo o de interpretarlo de manera similar.

En las palabras y las cartas me siento con usted más en casa que en la gesticulación no verbal de la inclinación. Esta inclinación suya me ha cosificado (en mi percepción), esto es, me ha transformado en un objeto, mientras que yo me realizo como sujeto en la forma sutil de una carta, o al menos me lo imagino.

Así que, querido Cioran: usted me arrojó en la clara inmediatez de una relación física, mientras que yo quería la ambigüedad erótica de la relación «intelectual».

¿Tal vez para usted sea más fácil nuestra relación al saber mejor lo que quiere?

Y, ya ve, leyendo siento todo con usted, leyendo y escribiendo estoy con usted sin ser molestada, le necesito con su afecto y con mi anhelo de usted, pero por idiota que parezca, sólo me impide la presencia física directa, la inmediatez de mi sensación.

Friedgard Thoma

Puedo enviarle la dedicatoria de Hölderlin a Diotima: «A quién, si no a ti», pero cuando usted está aquí, puedo decir: «¡Por favor, no se aproxime tanto a mí!».

¿Estuviste allí,
Donde ya no hay nada?
Una nada se ha ido
Pues tú aún estás.
Su Fr.

París, 16 de mayo de 1981

Querida Friedgard:

Sabía, después de nuestra conversación telefónica, que su carta sería desagradable, lo sabía incluso antes. La temía, con razón. En el estado suicida con el que había emprendido este viaje, los excesos y el fracaso eran inevitables. Todo lo que ocurrió lo había previsto en mi carta del domingo de Pascua. No me perdono haberme comportado así, y tampoco le perdono a usted el haber empleado una palabra como tratado. Siento que entre nosotros se ha roto algo para siempre. Seguiremos siendo claramente amigos, pero lo ambiguo, lo turbio desaparecerá de manera irremediable. El resultado de nuestro segundo encuentro me impide hacerme ilusiones sobre el futuro.

Nos parecemos en mucho, exceptuando una cosa: al mismo tiempo en lo menos importante y en lo más importante. En adelante ya no necesita tener ningún miedo de mi proximidad.

Su
EM Cioran

Es evidente que después tuvimos algunas discusiones telefónicas; en cualquier caso, no respondí a esta carta por escrito. La trágica situación era que no quería expresar lo más simple, sino que, como encuentro ahora, por carta había estado

dando vueltas artificialmente; entre líneas leo hoy, sin embargo: ¡tú eres viejo y yo soy joven! No te puedo amar como tú me amas.

El 19-5 le envíe una carta, cariñosa, sin compromiso. Yo aludía a que simplemente tiraría la carta de Cioran del 16 de mayo, que aún se encontraba en camino (cosa que no hice, como se ve), y citaba luego en toda su extensión pasajes de *Paseo*, de Robert Walser. Para terminar, sin embargo, escribí de manera completamente inesperada:

Yoleamoyoleamoyoleamo [ichliebesieichliebesieichliebesie]: y así hasta el final de la línea. E incluyo un error ortográfico que él ha de descubrir.

24 de mayo de 1981

«¡Un seul être vous manque, et tout est dépeuple!»¹
Kitsch, Kitsch, Kitsch: y, sin embargo...

Ayer por la noche, aunque en agradable compañía [Henri Michaux] e inteligente en grado sumo, me aburrí considerablemente. El verso de arriba, de una verdad insoportable, que aquí también es citado por limpiadoras, se me ha venido enseguida a la memoria. Mi escepticismo, que hasta ahora me había sido de tanta ayuda, parece haberme abandonado. En mi melancolía (en estas cosas se ha de hablar como Hamlet) se ha injertado mi entusiasmo por usted, y de este encuentro podría surgir sólo una calamidad dulce e irresistible.

La múltiple repetición del importante «yo... le» en su última carta ha obrado como un bálsamo. Sin embargo, la solución sería la renuncia. Pero yo no tengo ni el valor para ello ni tampoco el deseo».

En una carta de 23-5-81 (aún no había recibido la carta de

1. N. del T. «Un solo ser nos falta, y todo está despoblado».

Friedgard Thoma

Cioran) me referí de nuevo a una conversación telefónica en la que Cioran habló de que nos tendríamos que haber encontrado veinte años antes. «Qué habría hecho usted de mí entonces», escribo yo, y después: «En cualquier caso, habría tenido un hijo de usted, pese a su orgullo por haberse hecho culpable de este crimen: ¿poner a un niño en este mundo! Pero ¿acaso sólo deben multiplicarse los conejos?», sigo preguntando y, a continuación, doy paso a Hans Henny Jahnn y su mundo inventado, *Ugrino (Río sin orilla)*, que yo comparo con la isla Orplid (*Maler Nolten*). Por último, cito el inicio de *Perrudja* y comparo la novela con *El hombre sin atributos* de Musil. La carta termina con una referencia a mi inquietud, que tuvo que producirse para enviar la primera carta a Cioran.

El 26 de mayo recibo una postal enigmática:

París, 26 de mayo de 1981

He intentado, por todos los medios, olvidarla. Pero, ¡ay!, no lo he logrado.

A continuación le envié una tarjeta con la máscara mortuoria de Nietzsche y pregunté:

¿Por qué lo ha intentado y con qué medios?

El 27 de mayo Cioran envía una fotocopia de sus *Fluctuaciones*, envuelta en un sobre brillante de la edición (¿inglesa o americana?) de su libro *Ecartèlement (Drawn and Quartered)*, en la que una foto del joven Cioran está dividida en varias franjas gráficamente diferentes. A lo cual añade el texto:

26 de mayo de 1981

Espero que le guste este sobre. Se podría creer que estoy en-

Por nada del mundo. Un amor de Cioran

cerrado en una prisión o, mejor, en un manicomio.

Las fluctuaciones proceden de *Ecartèlement*. Hace tres o cuatro años las tradujo una vecina. Se las envió a usted con motivo de la «paloma inquieta» del primer aforismo.*

El trío de Schubert es un regalo que nos ha unido a todos con usted. ¡Bendición y maldición!

Su C.

*El aforismo: Si se pudiera enseñar geografía a una paloma mensajera —según Carl Gustav Carus—, su vuelo inconsciente, que conduce directamente a la meta, resultaría de inmediato imposible. El escritor que escribe en una lengua ajena se parece a esa paloma desorientada y erudita. E.M.C.

El 30 de mayo, Cioran me envía estancias de Shelley con el comentario:

Desde hace cuarenta años, en momentos de completo abatimiento, leo el poema de Shelley, que a usted tal vez le parezca pasado de moda. Ha de considerar con indulgencia al romántico retrógrado que soy de vez en cuando. La dicha de ser cínico me ha abandonado desde que la conozco. E.M.C.

En el reverso de los poemas encuentro ahora, además, escrita de su propia mano, la cita de Colette sobre Marguerite Moreno: «Pour rien au monde...». Por nada del mundo...

Había subrayado en rojo las tres últimas estrofas de las «estancias» (*Written in Dejection, near Naples*). Aquí, un extracto, con preferencia por la n.º IV, porque él subrayó tres veces esta estrofa:

(III)

Alas! I have nor hope nor health
Nor peace within nor calma round,
Nor that content surpassing wealth
The sage in meditation found...

Friedgard Thoma

(IV)

Yet now despair itself is mild,
Even as the winds and waters are;
I could lie down like a tired child,
And weep away the life of care
Which I have borne and yet must bear,
Till death like sleep might steal on me,
And I might feel in the warm air
My cheek grow cold, and hear the sea
Breath o'er my dying brain its last monotony.²

1/2-6-81, madrugada

En las horas benditas de su breve encuentro, una y otra vez interrumpido por campañas y campamentos, dejaba a un lado planos y mapas y su Livio, para contemplar a su mujer y con ella el azul del mar y velas peregrinas.

2. N. del T.

¡Ay! No tengo ni esperanza ni salud,
Ni paz en mi interior ni calma alrededor,
Ni esa satisfacción que excede la riqueza
Y que el sabio encuentra en la meditación.

Pero ahora la misma desesperación es suave,
Apacible como pueden serlo el aire y el mar;
Podría yacer como un niño cansado
Y ahuyentar con mis lágrimas la vida de inquietud
Que he llevado y ahora he de llevar,
Hasta que la muerte se apodere de mí como un sueño
Y yo sienta cómo mi mejilla se enfría
En el aire cálido, y oiga el mar
Exhalando sobre mi mente agonizante su última monotonía.

C. F. Meyer, *La tentación de Pescara*

Querido Cioran:

La necesidad de decir algo se repliega una y otra vez en mí a citas espléndidas. ¿Atraigo lo «extraño» a la tierra para ganar terreno? ¿Quiero ganar tierra a través de usted? Usted dice: «Vivir significa perder suelo»; pero ¿qué es lo que nos mantiene unidos? Me parece ahora mismo tan enigmático, tan inconcebible. Pero usted aconseja que no analice nada. Tiene razón. Sin embargo, el análisis es ya una terapia (tal vez la única posible) o una manera de salvar la falta de explicaciones.

¿Acaso sea posiblemente el tono coloquial llano al teléfono, cuando Simone también escucha en su casa, el plano correcto, y nuestra relación oculta por detrás el falso, erigida por desesperación por cualquier frustración, tal vez por mero aburrimiento?

Pero ni siquiera esta pregunta conducente a la esquizofrenia redime, así que ahora me recuesto y pienso un poco en usted.

Al día siguiente, cuando leo todo de nuevo, me parece confuso y superfluo. Salvo una sola frase:

Me alegro por el 17-6

Su F.

El 17 de junio quería viajar a París, nuestro tercer encuentro, por lo tanto, y el segundo en París. ¿Cómo sería esta vez? Todo entre nosotros era tan tenso, un ir y venir entre la obsesión y la alegría... Cioran me había escrito antes una postal (sin fecha):

Me alegro de poderla ver de nuevo. No necesita tener miedo: me comportaré como un caballero. A cambio ha de curarme de mis manías suicidas, con todos los sortilegios que, por lo visto, posee.

Su
C.

Saint-Saëns me es desconocido. Tengo un prejuicio contra él.

Esta vez Cioran nos había reservado una habitación en un hotel, en el Brésil, en el que el siglo anterior había vivido Sigmund Freud. Tampoco iba a conocer esta vez a su compañera sentimental, Simone; viajaba muy a menudo al Atlántico, a su lugar de nacimiento, St. Gilles Croix de Vie, donde un día, dos años después de la muerte de Cioran, se ahogaría. Su nombre (Boué) se asemeja a la palabra *bouée*, boya (salvavidas), y *Croix de Vie* significa «cruz de la vida». Magia de las palabras.

Cioran estaba como enmarcado, al final de la vía, en la Gare du Nord, estación terminal, y me esperaba con actitud trágico-antigua, esto es, rígida. El billete de primera clase para el Méтро, que tenía preparado para mí, se me acaba de caer de la colección de cartas.

Celebramos mi cumpleaños en el Procope, en el primer piso, que Cioran prefería, mientras que yo hubiese preferido permanecer abajo. Aquí me escribe por primera vez aquella frase de Colette en una servilleta, que ahora sirve de lema a este libro: «Pour rien au monde...». Más tarde debí de perder esta servilleta; en cualquier caso, me la volvió a escribir en el reverso de los poemas de Shelley, probablemente a ruego mío...

La noche siguiente estuvimos invitados en casa del pintor Matta y su mujer italoalemana, quienes, por aquel entonces, poseían una vivienda impresionante frente a la *église* St. Germain des Près. Matta nos saludó de inmediato con citas del *Gargantúa* de Rabelais, lo que continuó haciendo la mitad de la noche. También estaba allí un octogenario calvo, Henri Michaux, vestido con elegancia (uno de los pocos con los que Cioran se sentía unido por una relación de amistad), y se sentaba a la mesa junto a mí. Hubo los espárragos más gruesos con los que he tenido que lidiar en mi vida. Mi-

chaux y yo teníamos vistas al *boulevard* y a la iglesia. De repente, Michaux dijo (que asombrosamente empleó mi nombre propio, muy difícil de pronunciar) en un tono de voz patético: «Friedgard, *regardez* (¿o tal vez dijera *voyez?*) *les couleurs!*», y señaló hacia fuera. En efecto, la calle, la iglesia y las personas estaban inmersas en una luz crepuscular del color de la limonada, azul rojizo, semejante a la iluminación de un escenario. Ahora recuerdo que podía coincidir aproximadamente en el «día más largo» del año con la «noche más corta».

Más tarde discutimos sobre Sigmund Freud: no era importante su desarrollo de la terapia, sino su arte de la interpretación y su crítica de la cultura y de la religión. Estuvieron de acuerdo cuando acentué su gran importancia como literato, pero Cioran se mostró toda la noche extremadamente inquieto e incluso insoportable, presionando para que saliéramos pronto. Le reproché que estuviera celoso de todo lo que otros hablaban conmigo (o yo con ellos). Reconoció de inmediato sus celos y los caracterizó en sentido amplio como su «vampirismo balcánico».

De nuevo fuimos, no, vagamos mucho por París, que por Cioran se convirtió para mí en una suerte de patria chica. Sabía con exactitud dónde había vivido Pascal o dónde había sido detenido Mirabeau, conocía todas las historias de mujeres u otras escaramuzas de los muertos famosos. Frecuente lugar de encuentro en los años próximos fue la *église* St. Sulpice, utilizada en tiempos de Napoleón como espacioso establo para caballos, en la cual, discutiendo apasionadamente, a veces enojábamos a los que rezaban. Situada en directa proximidad a su vivienda, conocía esa iglesia *en gros et detail*. Su edificio favorito era, sin embargo, St. Séverin (pese a Claudel, que se supone tuvo allí su conversión); él amaba, como yo y muchos otros «renegados», todas las iglesias que eran bellas. Nos atraían especialmente las for-

mulaciones «Les restes de Racine» y «Le corps de Pascal» en las pequeñas lápidas en la *église* St. Etienne.

En nuestros paseos por las calles él siempre tomaba, cuando era posible, mi brazo o mi mano, tal y como me lo había imaginado de él, en broma, en una de mis primeras cartas.

Así, cogidos de la mano, o brazo con brazo, íbamos al Jardin des Plantes, donde me llamaba la atención sobre el hecho de que allí Rilke había visto tras los barrotes a su *Panther*.

El *revier* propio de Cioran desde hacía unos cuarenta años era, sin embargo, el Jardin de Luxembourg, directamente frente a la puerta de su casa. Varias veces al día revoloteaba por este parque (su paso tenía, como he dicho, algo de vuelo inquieto, pero, no obstante, muy enérgico y resistente), en el que conocía cada piedra y cada figura. Aquí se había encontrado aún con Montherlant, quien, ensimismado en su propia obra, caminaba de un lado a otro con actitud ausente, lo que a Cioran le gustaba imitar en broma. Aquí también tenía Cioran muchas de sus ocurrencias explosivas, que luego, tarde en la noche o por la mañana temprano, unía en su armario onírico para formar su *bouquet* de ideas, con objeto de lanzarlas al espacio como fuegos artificiales aforísticos.

Dado que el Luxembourg estaba cerrado por la noche, paseaba por la continuación de ese parque en dirección a Montparnasse. Allí se erigen dos viejas hileras de castaños, muy podados, que terminan o comienzan en la espléndida Fontaine de l'Observatoire (de Carpeaux), esto es, allí donde los cuatro continentes, damas semidesnudas en la parte superior de la fuente, sostienen el mundo, rodeadas de rocines y tortugas arrojando agua. Pero es a mi ingenioso amigo Camillo, y no a Cioran, a quien agradezco el conocimiento de esta fuente tan peculiar y situada en un lugar tan único.

En la alameda de castaños que partía de ella, y atribuyo importancia a la precisa localización, que era en la hilera izquierda (vista desde la fuente), ocurrió la vivencia de Cio-

ran con el fruto otoñal partido, cuyo ruido le había conmovido tanto como para hacer de este «diminuto incidente» un acontecimiento psicoglobal, lo cual sólo puede hacer justicia a la fuente de la esfera terrenal. Fui lo suficientemente prosaica como para hacer fotos de Cioran en ese lugar...

Aquí quiero añadir la observación que escribí en mi edición de *Del inconveniente de haber nacido* debajo de este mi aforismo preferido:

24-9-1989, 20 h 40: Cioran llama: «¡Ayer me cayó una castaña en la cabeza!».

Por lo demás, estaba convencido de que un día terminaría un libro sobre él, más aún, él me presentó con esa función a su compañera: como la mujer que escribe sobre Cioran. Cómo se habría alegrado de que esto ocurra ahora, y qué triste, pero necesario, que sea ahora cuando ocurra, después de la muerte de una pareja tan estrechamente unida.

Fue también en el Luxembourg donde me propuso administrar más tarde su legado. Esto lo excluí no sólo por mi dominio incompleto del francés. Y tanto más me alegro hoy de transmitir lo dejado por él.

Cuando por la noche paseamos junto a las rejas del parque, hablamos sobre su ocio desesperado. Él había evitado en todo momento ejercer una profesión, también hacer el doctorado, para el que había recibido una beca (¿tal vez de los rumanos?); más bien había sido siempre un Jules, esto es, un chulo, al dejarse alimentar (yo completo) por Simone. El pensamiento de ser un Jules le entusiasmó ahora hasta tal punto que nos tuvimos que detener, y en medio de la noche, ante el edificio del Senado (en la Rue de Tournon), lanzó una carcajada verdaderamente infernal, apretando al mismo tiempo mi brazo hasta el límite del dolor. Para colmo, el amante de mi vecina en Colonia (que él mencionará en una carta) se llamaba ¡Jules!

En la galería Isy Brachot (Rue Guénégaud) visitamos una exposición de Rustin (10 junio-11 de julio de 1981), que fue tremendamente chocante (atropellando todas las nociones de la dignidad humana), pero, al mismo tiempo, impresionante. Con una fealdad obesa y depravada estaban pintadas parejas y personas individuales, en parte completamente desnudas o con los pantalones bajados, dejando visibles de manera lastimosa los órganos sexuales, con colores pastel en lienzos enormes. Los rostros siempre iguales (tanto en las mujeres como en los hombres) con cráneos desnudos, ojos saltones, pero claros y finamente coloreados, narices anchas y bocazas abiertas de par en par, poseían la rígida energía de los dementes; y de los manicomios había tomado también el pintor sus modelos, que, en la apática masturbación o simplemente sentados desnudos unos junto a otros, mostraban la existencia desesperada de los monos ajenos a sí mismos y sin pelo.

Cioran estaba indeciblemente espantado, lo cual se mostraba en su risa incrédula ocultada tras la mano, mientras yo no quería ocultar mi admiración por esas verdades deprimentes. En el fondo son las mismas verdades que también él muestra, aunque con la brillante elegancia de la palabra pulida. Ja, ja, ja, pero la forma es decisiva, y algo así como esto realmente no es permisible, ¿o sí? Me miró. Sacar «lo irremediable de la insignificancia», precisamente eso es lo que ha hecho Rustin con sus medios provocativos. Naturalmente, esos cuadros no son para un comedor.

Aún hablamos a menudo y repetidas veces sobre ello con risas incrédulas pero reverentes. La impresión de esa monstruosa exposición determinó, incluso, de algún modo, nuestra convivencia. No podíamos desprendernos de esa experiencia terrible, cada uno a su manera.

El 21 de junio regresé al mediodía a Colonia. Despedida conmovedora, pero difícil, en la Gare du Nord. Muchas lágrimas.

El mismo día escribió Cioran una carta que me llegó el 24-6-81:

Domingo, 8 de la tarde

Tendido en la alfombra balcánica y lleno de recuerdos precisos, me he entregado a pensamientos tontos, de los cuales ni siquiera fue capaz de liberarme el cuarteto de Schumann [que yo le había llevado]. Sólo su voz sería capaz de obrar el milagro. Ya soy una persona distinta, aquel que ha reído tanto con usted durante este periodo único. Nunca he presentado que alguien desempeñaría tal papel en este momento de mi vida. La fatiga parecía mi única compañera. Ella también lo es realmente, pero por fortuna usted le hace una peligrosa competencia.

Soy vulnerable, y nadie me puede herir con tanta facilidad como usted. Una palabra basta. El desaliento que se ha apoderado de mí hoy por la tarde ha sido terrible. Usted me ha dicho alguna cosa desagradable en ese maldito café, ¡antes de la despedida! No hablemos más de ello.

Lunes, por la mañana temprano.

Hoy por la mañana, el placer del recuerdo. Y después, al instante, su voz. Desde que la conozco, creo en el PROGRESO, por el teléfono. Pero no me he convertido en un venerador del avance, es decir, jamás juzgaría a un escritor por sus ideas políticas. Me da igual si Chateaubriand era un reaccionario o no, las mujeres a su alrededor me interesan, sobre todo su hermana Lucile, y luego la tierna *madame* de Beaumont.

La politización excesiva de los intelectos es una catástrofe incomparable. Mejor diletantismo que ideología, mejor no depender de nada.

Pero ¿por qué no soy diletante frente a usted? Sus ojos han hecho de mí un fanático. Qué dulce* caída.

Su
C